

LA EDUCANDA,

PERIÓDICO DE SEÑORITAS,

DEDICADO A LAS MADRES DE FAMILIA, MAESTRAS, Y DIRECTORAS
DE COLEGIOS.

Contiene artículos de Educación, Enseñanza, Ciencias y Artes; Viajes,
Leyendas, Cuentos, Máximas morales y religiosas; Fábulas y Poesías; Higiene doméstica,
Labores, Modas, y otras materias concernientes á la Instrucción de las niñas.

TOMO II.

MADRID.

IMPRESA DE MIGUEL CAMPO-REDONDO.

Calle del Olmo, 14.

1864.

LA EDUCANDA.

PERIÓDICO DE SEÑORITAS.

INDICADO A LAS MADRES DE FAMILIA, MAESTRAS, Y DIRECTORAS
DE ESCUELAS.

Contiene artículos de Educación, Literatura, Ciencias y Artes; Fables,
Escuelas, Cuentos, Maximas morales y religiosas; Escenas y Poesias; Higiene doméstica,
Labores, Juegos, y otras materias convenientes a la Instruccion de las niñas.

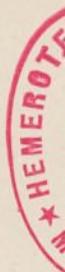
TOMO II.

MADRID.

IMPRESA DE MIGUEL GILBO-REBORDO.

Calle del Olivo, 14.

1864.





VIAJE A ANDALUCIA

DE

SS. MM. Y AA. RR.



LIT. C. LEAUTIER, SACRAMENTO, S. SEVILLA



LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion Moral, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes: Aranjuez, por Sara.—El Sueño [Fragmento], por doña Amalia Domingo y Soler.—El Mes de Maria [Leyenda], por don Roman Doldan y Fernandez.—Pensamientos cristianos.—Siervo y Amigo [Cuento], por doña Micaela de Silva.—GRABADO: Aranjuez.

EDUCACION MORAL.

LA CONVERSACION.



DICE una máxima que el habla de una persona es el espejo de sus costumbres, y que no hay mayor testimonio del alma que la lengua; y se ha dicho tambien que la conversacion de la mujer que mas sabe, debe siempre hacer creer que busca instruccion, y con ese aire de duda halaga al ignorante y lisonjea al que sabe.

No puede desconocerse la grande importancia que tiene la conversacion, y especialmente en esta época de tan frecuente trato, de asociacion tan continúa.

En la conversacion, además, se puede comprender la educacion de la persona que habla, y aunque solo fuera esto, no hay que hacer grandes esfuerzos para demostrar la alta importancia que tiene; pues trata nada menos el que habla de evidenciar si tiene ó no buena educacion.

Y en efecto, si veis á una de esas tarabillas que hablan de todo sin entender de nada, y que á nadie dejan meter baza, de seguro que no juzgareis de una manera favorable su educacion, pues por mas que se hayan esmerado en que sea buena no lo muestra al menos.

Ved á esas otras personas disputadoras, que quieren tener razon en cuanto dicen, sin tener la conviccion de lo que dicen, que cuestionan con todo el mundo, aún cuando hablen por primera vez con algunos, y de fijo que si el defecto no está en la edu-

2.^a ÉPOCA.

cacion está en el carácter, que, por desgracia de la persona que le posea no ha podido dominarle, pudiendo mas en ella ese prurito cuestionador que el deseo de mostrarse cual conoce, algunas veces al menos, que debe hacerlo.

Por el contrario, cuando se vé á una persona hablar con mesura, no hacerlo sino cuando la preguntan ó la corresponde, y siempre sin interrumpir á los demás, sin cuestionar en sociedad ni con personas desconocidas, ni presentar como hechos exactos los que solo ha oido, y no tiene la evidencia de su certeza, no puede dudarse de la excelente educacion y buen juicio de esa persona.

Las niñas y las jóvenes son quienes mas especialmente deben atender á no traspasar los límites que la buena educacion prescribe, porque nadie necesita como ellas mostrarse siempre rodeadas de esa especie de aureola de candor, de bondad, de ternura y de cuantas dotes constituyen el enaltecimiento de la mujer, y especialmente de la juventud. ¡Qué juicios tan poco favorables se forman comunmente de una mujer habladora!

La joven no puede demostrar generalmente todos los sentimientos de su corazon, todas sus ideas, y si el hombre hablador es una carta abierta que todo el mundo lee, una joven habladora será algo mas que esa carta abierta.

Las niñas cuando están con personas estrañas no deben hablar sino las preguntan, y entonces no deben hacerse de rogar sino contestar inmediatamente y con mesura. En la conversacion, en general, no deben hablar fuerte, y menos dar voces, porque se espondrán á que las digan que no hablan con sordos, y mostrarán además que están educadas en alguno de esos sitios, y entre esas clases de personas que solo hablan á voces. Este mismo defecto debe evitarse en las calles y paseos, donde sobre no importarle á na-

die las conversaciones ajenas, el que va hablando alto parece que pretende tomen los demás parte en la conversacion ó se enteren de ella al menos. Se ostenta así una vanidad pueril, y lo que es peor, no muy esmerada educacion.

No es el que mas sabe quien mas habla comunmente, y por mucho que sepa una jóven, debe aun hablar menos que el hombre, porque sobre no serle dado mezclarse en todos los asuntos objeto de conversacion, pues los hay que deben serla algo estraños, la está mas bien mostrar que aprende que hacer alarde de entenderlo cuando no de enseñar, lo cual podrian interpretar muchos por pedanteria, y de ella debe huir la jóven como de un vicio.

Se ha dicho muy acertadamente que tenemos dos oidos y una boca, y por consiguiente debemos hablar menos y oír mas; así aprendemos, y hablando poco hablamos mejor, y oportunamente, que es la mayor dificultad y el mayor mérito; teniendo la ventaja de que pensando lo que se dice no se hablan inconveniencias, y se dice lo que se quiere decir, y esto importa mucho en la conversacion, y la hace amena, instructiva y agradable.

Piensen un poco nuestras queridas lectoras en lo que dejamos espuesto, y como todos los dias se hallarán en ocasion de comprender lo que les interesa seguir las reglas que solo hemos insinuado, nos las agradecerán, y nos consideraremos altamente recompensados con su gratitud.

A. PIRALA.

CARTAS FAMILIARES.

SEGUNDA PARTE.

I.

De Enriqueta á la Abuela.

Desde que he perdido al hijo de mis entrañas, mis mas puros afectos se han concentrado en María.

María ya ha cumplido diez años, ya es casi para mí una tierna compañera, y su espíritu reflexivo se presta tan bien á las conversaciones serias, que encuentro un verdadero placer en escucharla y en responder á sus multiplicadas y cándidas preguntas.

Por ella he vuelto á abrir muchos libros que habia dejado en el olvido, y á veces para resolver alguno de los sencillos problemas que me ha presentado la víspera, paso las noches estudiando.

Sin embargo, esa disposicion acaso demasiado

seria de María me inquietaba algunas veces, y deseaba vivamente elegirla una compañera, que la hiciese participar de los alegres juegos de la infancia.

Las almas de los niños necesitan el contacto de otras almas juveniles, y como en todas las épocas de la vida, es preciso que sean dos para el placer, dos para el dolor.

La amistad es un tesoro, el mayor con que pueda brindarnos la fortuna: la que se forma sólidamente en la niñez, suele acompañarnos á la tumba.

¡Cuántas jovencillas deben en gran parte la calma de su corazon y la paz de su conciencia á los consejos y á la suave influencia de una amiga!

En esa primera edad, en que el alma pudorosa se encierra dentro de sí misma, suele hallarse á veces en circunstancias difíciles y delicadas. Entonces, cuando la luz de la conciencia se estingue, cuando el corazon arrastrado por el encanto de un placer desconocido pierde su energía, cuando la razon confusa acierta apenas á distinguir la línea del deber, semiborrada por las pasiones, cuán grato es hallar junto á nosotros á una amiga leal y bondadosa, tender hácia ella los brazos y gritarla con noble confianza, *ven, ven á mi socorro!*

Pero la eleccion de un amigo es una cosa muy difícil. El que lo intenta, se halla en la situacion de un hombre, que colocado en el vértice de una peña, tiene á un lado verjeles floridos y deliciosos, y al otro escarpados precipicios. ¡Ay de él si inclina inconsideradamente el pié hácia el abismo!

Hay un antiguo refran que dice: *dime con quien andas y te diré quien eres*; y en efecto, en ese comercio íntimo que forma insensiblemente el trato contínuo, se enjendra una rara penetracion recíproca, que nos hace adivinar hasta los sentimientos que se callan, y que ejerce una poderosa influencia sobre las facultades del alma, sobre las convicciones del espíritu, sobre los sentimientos del corazon, sobre las veleidades del carácter, y aun sobre los modales exteriores.

Por esto es preciso que no solo la amistad, sino hasta la intimidad, que creemos sin consecuencias, no la concedamos mas que á personas dignas en todos conceptos del general aprecio.

La intimidad casi es mas peligrosa que la amistad, porque en el primer caso, el corazon no creyéndose interesado se recela menos, y recibe mas fácilmente el contagio del ejemplo y la palabra.

Por fortuna la eleccion de María está ya hecha, y en mi concepto no puede ser mas acertada.

—Tú quieres á Adriana, la dije viendo nacer en su alma este puro afecto; pero antes de entregarte ciegamente á tu inclinacion, es preciso que lo reflexiones mucho.

Piensa que tu corazon es el templo de Dios, piensa que es lo que debes estimar mas y reverenciar

mas sobre la tierra, y no te acostumbres á despreciar sus divinos efluvios, malgastándolos sin utilidad ninguna para el bien.

Antes, pues, de resolverte á entregarla una parte de tu corazón, examina muy despacio si es que amas á Adriana por las cualidades sólidas de su alma, ó si es por esas cualidades aparentes y superficiales que suelen seducir á los espíritus ligeros é inconsiderados. Examina bien si te parece amable porque participas de alguno de sus defectos, ó porque alguno de esos defectos halagan tus instintos, en lo que tienen de mas material y mas grosero.

En este caso guárdate de estrechar los lazos de una amistad que con el tiempo puede ser perniciosa, pero si lo que te atrae hácia ella es una dulce simpatía de carácter, una santa comunidad de pensamientos nobles y nobles sensaciones, puedes formar sin recelo ese nudo bendito que tantos consuelos sabe ofrecer al alma.

¡Dichosa la jovencilla que en la primera aurora de la vida encuentra junto á su corazón un corazón amante, al cual hace partícipe de sus dichas y de sus penas, sobre el cual pueda reposar confiadamente en sus ancianos días!

Por lo demás Vd. juzgará á Adriana por un solo rasgo, rasgo que me ha proporcionado el placer de conocerla y de admirarla.

Era al anochecer de una tarde de Otoño. Era esa hora misteriosa del crepúsculo que sumerge al alma en el piélago de los melancólicos recuerdos, así como la del alba la conduce al templo de las mágicas esperanzas.

María y yo paseábamos por las sombrías calles del Buen-Retiro, hollando con paso indiferente las hojas secas que alfombraban el suelo, oyendo los últimos cantos de las aves, y un lejano concierto de voces argentinas que el aura traía á nuestro oído.

Maquinalmente fuimos siguiendo el eco de aquellas voces, y nos hallamos en el Parterre.

Allí habia unas ocho ó diez niñas jugando al aro, saltando con una cuerda ó bailando en corro al són de desenvueltas cantilenas, y si no hubiese sido por su traje, no hubieran podido diferenciarse de otros tantos muchachos que jugaban con ellas, y que de seguro no las aventajaban ni en el salto ni en la carrera.

Al primer golpe de vista, reconocí á Dolores, la hija de Sofía, con su prima Elvira, y Carlos el guardia marino! Quise alejarme precipitadamente, porque ese espectáculo siempre me repugna, y no puedo comprender que haya madres tan obcecadas ó tan culpables, que por inercia, ó por obedecer á la moda, adopten una costumbre tan funesta. Si siempre me desagrada ver esos palenques en donde se desarrollan todas las malas pasiones de las niñas, en donde pierden el pudor y contraen amistades inconvenientes, mucho mas debia desagradaarme en aquel

instante en que me preocupaba tan seriamente la idea de dar á mi niña una digna compañera.

Quise, pues, alejarme, pero María me suplicó que nos quedáramos un momento, y por complacerla me senté en las gradas.

Las ayas ó niñeras que cuidaban de aquellas inocentes estaban reunidas muy lejos en corro, trataban quizás de sus amores, quizás murmurando de sus amos.

Absorta me hallaba yo en mis reflexiones, cuando de pronto me cautivó el eco de una voz doliente aunque infantil, que gritaba de vez en cuando:

—Agua, señores, agua!

Era una pobre vendedora de agua y azucarillos, que apenas tendria diez años. Estaba pálida, mal vestida; pero no sé que atractivo tiene para mí la desgracia, que al instante fija mis miradas.

Ignoro si fué por casualidad ó mala intencion, que la traviesa Dolores pasó junto á ella, dando saltos con su cuerda, y la hirió en la cara.

La niña se echó á llorar.

—Por qué no te quitas de en medio? gritó Dolores con soberbia.

—Este es mi sitio, dijo la vendedora. Yo pago para ponerme aquí!

—Miren la desvergonzada! yo pago! ¿Quién eres tú, haraposa, para hablarme de este modo?

—Haraposa! haraposa! gritaron las niñas y los muchachos en coro.

—Tiene cara de lechuza! repuso Dolores riendo.

—Lechuza! lechuza! replicaron los demás.

—Yo no quiero que me llamen lechuza! dijo la aguadora llorando.

—Señoritas, exclamó una niña abalanzándose en medio del círculo. Lo que estais haciendo es poco generoso! Basta para respetarla el ver que es desgraciada!

—Déjanos en paz con tus sermones, Adriana, y guarda tus consejos para tí! gritó Dolores con aire mohino.

Pero durante este pequeño altercado, todas aquellas vivas imaginaciones infantiles habian organizado rápidamente un plan.

Hicieron rueda, se pusieron á cantar, y fueron ensanchando gradualmente el círculo, hasta que consiguieron derribar, no solo á la vendedora, sino tambien los vasos y azucarillos, que rodaron por el suelo haciéndose mil pedazos.

Despues de haber llevado á cabo tan gloriosa hazaña, niñas y niños huyeron como una bandada de palomas, dejando á la infeliz que se revolcaba por el suelo, gritando con la mayor desesperacion.

—Pobre de mí! desgraciada de mí! ¿Qué haré ahora, Dios mio?

—Anda, buena tunda te aguarda! dijo una naranjera que estaba á alguna distancia de aquel sitio.

Una sola niña se había quedado. Era á la que habían dado el nombre de Adriana.

Esta corrió hácia la vendedora, y la ayudó á levantarse y á recoger los vasos y los pocos azucarillos que se habían salvado del desastre, y mientras hacia todo esto, la decia con una voz llena de ternura:

—No llores, pobrecilla!... Hija mia, no llores!... Yo tengo dos reales..... Mira!... ¡Dos reales!... ¿Se podrá comprar todo esto por dos reales? ¡Oh, qué pena, qué pena no ser mas rica!

Y la abrazaba, y la colmaba de caricias con tan ferviente caridad, que María y yo, que nos habíamos ido acercando, llorábamos de verla.

—Es tu madre la que te va á pegar? pregunté á la vendedora.

Esta se cubrió el rostro con las manos y prorumpió en sollozos.

—Quiá! vociferó la naranjera, no tiene padre ni madre, no es hija de nadie!... Vive con una mujer, una bruja, que segun dicen la ha recogido por caridad.... ¡Buena caridad te dé Dios!... Pues poquitas veces he pasado yo por allí, y he visto como la arrastraba por el pelo y la daba de mogicones!...

—No, oh, no! murmuró la niña.

—Déjanos en paz con tus mogigaterias!... A mí me gusta el pan pan y el vino vino... ¿Qué hace todo el dia sentada á la ventana mientras tú vas y vienes con frio y con lluvia para ganar el pan?

—Vd. tiene dos reales, exclamé yo dirigiéndome á Adriana para cortar aquel penoso diálogo, yo pondré este medio duro, y quedará remediado todo el mal.

Adriana me besó la mano con efusion; parecia ser ella la que recibia el beneficio. La vendedora estaba tan aturdida, que ni siquiera acertó á darnos gracias, y se puso á reir y llorar al mismo tiempo.

Recogió sus enseres y se fué, estrechando contra su corazon las dos monedas.

Pero aun no habia dado diez pasos cuando volvió.

—No sé, balbuceó, poniéndose encendida, no sé qué nombres decirle á la Virgen cuando la ruegue que les premie á Vds. la caridad que me han hecho!

Adriana y María la estrecharon á la par entre sus brazos.

—Llámalas tus hermanas! la dije yo conmovida.

—Hermanas!... hermanas!... murmuró la pobre niña, ¡oh, Dios que me vé el corazon, sabe que solo viviré para quererlas!...

Y se alejó otra vez, volviendo sin cesar la cabeza para saludarnos.

Era completamente de noche: el jardin habia quedado desierto.

—Dios mio! exclamó Adriana de pronto, se han ido! me han dejado!

—No sé asuste Vd. la dije, yo la acompañaré á su casa.

Así lo hice. Por el camino, Adriana me contó

que habia ido á paseo con unas niñas amigas suyas, y que su madre casi no salia nunca con ella, porque padecia mucho de los nervios.

En efecto, cuando llegamos á su casa, y nos introdujeron en la sala, Clotilde, á quien ya conoce Vd., estaba tendida sobre un divan, descansando de una de sus frecuentes crisis.

Estuvo amable conmigo, y con este motivo nos visitamos.

Ahora Clotilde ha marchado á Andalucía con su esposo, dejando á las dos niñas en un colegio, y yo he solicitado el permiso de traerlas á mi casa los jueves y domingos.

Adriana es, pues, la buena y fiel amiga que he destinado á María, ¿aprueba Vd. mi eleccion?

ANGELA GRASSI.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XI.

ARANJUEZ.

Siete leguas por carretera y una próximamente por camino de hierro separan á Madrid de Aranjuez; pero ¡qué diferencia entre estas áridas é interminables llanuras, y aquellos bosques sin fin de árboles seculares, cuyas ramas se doblan bajo el peso de los pájaros que anidan en ellos, y cuyos troncos fecundan cariñosamente el Jarama y el Tajo! Créame recorriéndolos, no en un pueblo nuevo, sino en una región diferente: tan sensible es el contraste.

El origen de Aranjuez, que como pueblo carece de importancia, se pierde en la noche de los tiempos; solo te diré de su historia que, donado por Alfonso el Noble á la Orden de Santiago, volvió á la corona en tiempo de Isabel I, que restauró grandemente el palacio, levantado por el Gran Maestre Figuerola, en 1387. Carlos I le declaró Sitio Real; Felipe II comenzó, al lado del antiguo, el palacio actual que se *alza en el Jardin Florido*, como dijo Argensola; en 1727, Felipe V derribó aquel para ensanchar éste, y le dotó de la escalera, cuyas excelentes luces y magnífica bóveda es todavía admiracion de los inteligentes; siendo tambien de su tiempo la presa, el jardin del parterre, y el puente de piedra, desaparecido recientemente, que daba paso al jardin de la Isla; Fernando VI le restauró en 1748, y Carlos III le añadió las dos alas que tiene á los extremos de la fachada principal: en una palabra, no ha habido Rey que no haya puesto en él una piedra. Linda

al Norte con el citado jardín de la Isla, al Oriente con el parterre, al Mediodía con la plazuela llamada de las Parejas, y al Poniente con la estación del camino de hierro: su construcción es en extremo elegante y suntuosa, los zócalos, ángulos y cornisas son de piedra de Colmenar, y los lienzos de ladrillo abramilado. El interior corresponde en elegancia y magnificencia al exterior, siendo muy notables entre las habitaciones en que está dividido el *gabinete de china*, ideado por Carlos III, y situado en el ángulo Norte, y el *nuevo gabinete árabe*, construido en tiempo de nuestra amada Soberana, bajo la dirección de D. Rafael Contreras, sirviéndole de modelo la preciosa estancia de las Dos Hermanas, en la Alham-

Neptuno, el Reloj y la Espina, y entre las segundas el grupo de Hércules y Anteo. Entre la calle de la Reina y el Tajo, hizo Fernando VI construir un embarcadero, y agradó tanto este sitio á Carlos IV, siendo príncipe de Asturias que creó en él un pequeño, pero delicioso jardín, titulándole del *Príncipe*, que andando el tiempo ha llegado á la grandeza que hoy ostenta; mide 6,905 varas castellanas de circunferencia, y está poblado, como el de la Isla, de cuantos arbustos han recogido los botánicos en sus viajes á Asia y América: allí se encuentran el Arce encarnado de Virginia, el Castaño de Indias encarnado, la Falsa acacia, la Acacia rosa de la Carolina, el Amor del Canadá, la Catalpa, el Copalme de Méjico, y



Aranjuez.

bra: es de figura cuadrangular en la base, octógana en las pechinas, y termina con diez y seis lados y otras tantas ventanas caladas. La capilla actual (la primitiva la hizo labrar antes que la estancia real Felipe II) débese á Carlos III, es mas espaciosa que aquella y pertenece al orden dórico; el fresco de la media naranja es obra de Bayeu, y acaso la única preciosidad artística que encierra.

Mucho me voy estendiendo si he de decirte algo de los jardines de la *Isla* y del *Príncipe*, que es lo verdaderamente notable en Aranjuez, mas que *Palacio*, la *Casa del Labrador*, la de *Oficios*, la destinada á *Cocheras*, la llamada de las *Infantas*, y otra multitud de posesiones reales y quintas particulares que embellecen este delicioso sitio. El de la *Isla*, en que está *Palacio*, es admirable por la riqueza, buen gusto y frondosidad de las infinitas calles de árboles, sus cenadores, sus fuentes y sus estatuas, sobresaliendo entre las primeras, las de Apolo, Hércules,

otros no menos raros y preciosos que seria prolijo enumerar. Fué pequeño en su origen, y hoy es tan inmenso que se confunde el que entra á visitarle; tiene cuatro entradas públicas cerradas con verjas de hierro, la principal en el comienzo de la calle de la Reina, frente al que fué palacio del Príncipe de la Paz, y hoy ocupa el infante D. Francisco: de las otras tres, la primera está situada antes de la segunda plaza de dicha calle, la segunda en la redonda, y la última, de la *Casa del Labrador*, en la semicircular. Las fuentes mas dignas de fijar la atención en este jardín son la de Narciso, Cérés, Apolo y el Cisne; tiene además un embarcadero, una montaña Suiza, un estanque chinesco, las Islas Americana y Asiática y un laberinto.

La *Casa del Labrador*, que está en este jardín, se edificó en tiempo de Carlos IV. Son tales y tan sorprendentes las maravillas que encierra, que por falta de espacio renunció á detallarlas, limitándo-

me á recomendarte por si algun dia tienes ocasion de admirarlas, la pieza octava, toda guarnecida de platina, y las buhardillas que constituyen el piso segundo, á las que se sube por una escalera de mármol, bronce y escayola: seiscientas onzas de oro se consumieron en dorar la barandilla!

SARA.

EL SUEÑO.

FRAGMENTO.

El sueño es la riqueza del pobre. Bajo este epígrafe leímos hace muchos años un notable artículo traducido del árabe que nos dejó indelebles recuerdos por su profunda filosofía, por la verdad que sus máximas encerraban. Hay escritos que están llamados á vivir siempre, porque los pensamientos consignados en ellos vierten una luz imperecedera en la existencia de la criatura. Dichosos los que dejan trás de sí tan luminosa huella.

Cuando leimos los pensamientos árabes aun no comprendíamos todo lo que vale el sueño, y si bien admiramos aquellas máximas y nos sorprendió el afán del sábio por dormir tan siquiera una hora, ante aquel deseo que tanto dolor encerraba, nosotros felices todavía porque aun recordábamos los juegos de la infancia, no tuvimos para aquel sufrimiento supremo mas que esa sonrisa incrédula hija de la ignorancia.

Pasaron largos años, fuimos perdiendo sucesivamente los séres que velaban nuestro sueño, y como el sábio árabe le pedimos á Dios una hora tan siquiera de paz y de olvido.

En esas largas noches en que nos consume la fiebre sin que una voz amiga venga á murmurar en nuestro oído una palabra de ternura, en esas interminables horas en que vemos pasar unos tras otros nuestros padres, nuestros amigos, envueltos en sus blancos sudarios, que nos van estendiendo su diestra, y en su mudo ademan nos invitan á seguir en pós de ellos; en esos momentos de agonía suprema en que la materia yace inerte y el espíritu se agita por la fiebre y se lanza á otros mundos, y busca otros espacios, y se abrasa y se quema el pensamiento, ¡cuánto se anhela, cuánto se ansía una hora de sueño dulce, tranquilo y reparador!

¡Felices de aquellos que no hayan visto la indecisa luz del alba, que no hayan escuchado esos miles de ruidos que produce una gran ciudad al despertar! Tanta poesía como encierra el amanecer en los

campos tanta prosa guarda el despertar de las grandes ciudades.

Nada mas triste para una alma pensadora que escuchar en el silencio de la noche esas voces desagradables y destempladas que van emitiendo brutales ideas, degradando la especie humana.

Dichosos mil veces los que al reclinar su sien en la almohada penetran por algunas horas en las regiones de la eternidad.

El sueño, fiel amigo del hombre, calma su llanto en la cuna, templá su fuego en la juventud, da reposo en la edad madura y cierra compasivo sus ojos en la ancianidad.

El sueño es quizás el único placer de la humanidad.

Duerme el poeta, y durmiendo olvida su pobreza.

Duerme la jóven enamorada, y sueña con sus amores: seguramente será mas feliz en su sueño, porque el amor es mas bello al través del prisma de la ilusion.

El Sueño!... ó benéfica emanacion del cielo, bendito seas! Nosotros que hemos cruzado la senda de la vida sin recoger de sus flores mas que las espinas, te miramos como el oasis de nuestro desierto, como la santa palmera que nos libra de los rayos del sol, como la fuente cristalina que calma nuestra ardiente sed.

Estiende sobre nosotros tu negro manto, acójenos bajo tu sombra protectora, y tengamos siquiera una hora de paz y de olvido.

Decia el sábio árabe: El sueño es la riqueza del pobre: nosotros, mas ignorantes, y por lo tanto mas atrevidos, decimos: El sueño es la riqueza de la humanidad.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

PENSAMIENTOS CRISTIANOS.

La pereza todo lo hace difícil; el trabajo todo lo facilita.

El hombre de juicio escarmienta en cabeza ajena.

El porvenir de los hijos es obra de las madres.

El arte es la espresion de la belleza.

Las creencias religiosas engrandecen el alma purificando el corazón.

Las injurias ofenden, pero no convencen.

Maldito aquel que no honra padre y madre—esto dice el libro santo.

EL MES DE MARÍA.

(LEYENDA.)

I.

Corría el año de 185....

Era el mes de Abril.

Auroras bellísimas y apacibles, circundadas de fúlgidas aureolas, venían anunciando los encantos de la primavera.

El cielo sonreía y ostentaba unas veces elegantes festones de oro, y otras finos y rizados tules.

Los campos fascinaban con su nacar, su escarlata, su ámbar, sus perlas y sus lindas y variadas flores.

Canorasavecillas entonaban melodiosos himnos, balanceándose á impulsos de la brisa entre las pintorescas ramas de los árboles, ó cruzando el espacio llenas de inmenso júbilo.

Sentíanse mil ecos que estasiaban dulcemente el ánimo, abriendo el corazón á las gratas expansiones de honestos y tranquilos goces.

En momentos tan poéticos, tan llenos de perfume; en horas que resbalan al amoroso arrullo de las auras, que derraman bulliciosas por dó quiera el contento y el regocijo, la Coruña, matrona ilustre, cuyo manto lucía los preciosos matices de sus ricos valles, y besaban sus tersos pliegues las inquietas ondas que la custodian, sufría con placer una gran pesquisa, el serio y maduro exámen de graves y distinguidos forasteros, que despues de un bonito viaje acababan de hacer punto en aquel país.

Un hombre, una mujer y una niña componían uno de los grupos á que se refiere esta crónica.

El primero de cuarenta años, llamaba la atención por su traje negro, consistente en un largo gaban, chaleco del mismo color y pantalon ancho y airoso; por sus luengos cabellos castaños, salpicados de hilos de plata, y por su austera fisonomía, de nobles rasgos, que hacían juego con su digna barba perfectamente cuidada.

La segunda rayaría en los treinta años. Su rostro, espresivo y simpático, infundía religioso respeto por la gravedad de su mirada, profunda como el pensamiento del filósofo, y por su frente magestuosa, en que se leía la hermosura de sus elevadas ideas. Correctos eran sus contornos, y cubría su cabeza, que mostraba una sedosa trenza de ébano, un bordado velo. Escondíanse sus formas en un modesto y oscuro vestido de seda, y en un pañuelo sembrado de pequeños dibujos.

La niña contaba dos lustros. Rubia cual los atavíos de la alborada, sus ojos azules imprimían en su

faz angelical un no sé qué de tierno y arrebatador que aumentaba sus gracias, irradiando de su bella y nítida frente, pura como las candidas azucenas, los plácidos fulgores de la inocencia: un traje claro y sencillo formaba su adorno.

Estrechamente unidos, discurrían nuestros forasteros por las cómodas y bien empedradas calles de la población, parándose á cada instante á contemplar los objetos que mas escitaban su curiosidad.

—¿Cómo me gusta este país!

—Y á mí también.

—¿Quiéres que permanezcamos en él?

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque la niña tiene ya diez años, y es de temer que se le olviden los sábios preceptos de doña Brígida.

—No lo creas, Alfonsa. Tú eres otra maestra; y llena de esa fé que alumbra tu clara mente, te afanas en nutrir su tierna alma con las santas verdades de la religion.

—Sí; pero yo no puedo ilustrar su espíritu como su tía, que, además de ser una señora piadosísima, sabe perfectamente la Escritura Sagrada, y dirige con acierto á las criaturas por el camino del bien.

—Tienes razón; mas tú has preparado el terreno. Dios envió sobre él el benéfico rocío de sus dones, y la semilla de la virtud, plantada en su corazón por su celosa madre, llegará á convertirse en gallarda flor, que derramando su perfume en todas las esferas sociales, hará nuestras delicias y las del Altísimo.

—Por eso es conveniente, Antonio, que nosotros contribuyamos á que las galas de su espíritu, joya de gran valor, seduzcan por sus lúcidos resplandores. Las bellezas del alma, cuanto mas se cuidan, causan en el ánimo mayor efecto, pues ellas cautivan la razón humana con su mágica é irresistible influencia.

—¿Bien se conoce que tu educación, muy diferente de la que reciben hoy las jóvenes, está cimentada en robustos cimientos!.... Es semejante á un suntuoso edificio, que al sorprender por sus bellos atavíos artísticos, demuestra que descansa en base sumamente firme... Tus palabras me convencen. Ligados por triples vínculos, por los lazos de la religion, del cariño y de las simpatías, mis ideas se unen á las tuyas, mis frases se eslabonan con tus frases, formando una vistosa cadena que nadie es capaz de romper, y que jamás hará pedazos la impía mano del egoísmo.

II.

Estamos en el mes de Mayo.

La naturaleza se halla en la plenitud de su poderío.

Los prados han multiplicado sus adornos; los arroyuelos murmuran entre magníficos pabellones de graciosas camelias, que se entretienen en orlar con sus suaves hojas las frescas márgenes por donde corren.

Madrid está tranquilo.

Son las ocho de la mañana, hora en que cruzan las calles mujeres del pueblo, y algunas familias que aficionadas al matinal paseo se dirigen á la Castellana ó al Retiro, sitios amenísimos en que triscan los párvulos y encuentra placer el espíritu.

En el barrio de la Montera, cerca de la iglesia de San Luis, existe una casa de arquitectura modesta.

En el primer piso, y en uno de sus balcones, veíanse diferentes macetas de alhelies y clavellinas, y una blanca mano, que con gran donaire movía los tiernos tallos de tan lindas plantas, cuyo olor estaba el alma.

De pronto un sordo ruido anunció la presencia de una joven candorosa, la cual, precedida de una noble matrona, se apoyó en la barandilla.

¡Qué hermoso tipo era el de este ángel!.... En su faz peregrina y dulce, se reunían los atractivos de la virtud. Sus mejillas estaban bañadas de tintas de oro, y parecían reflejar los purísimos rayos del alba.

Todo en ella inspiraba amor, respeto, veneración.

(Se continuará.)

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

SIERVO Y AMIGO.

CUENTO.

A la orilla de un camino bastante hondo, había un coto cerrado, y en él se hallaba paciendo un caballo, que de cuando en cuando asomaba la cabeza por encima de la tapia.

Pasó por allí un honrado campesino de carácter apacible, que iba de paso á la villa inmediata, con objeto de hacer provisiones para su familia; el caballo le miró, haciendo: «Han, han, han, han,» como si quisiera decirle:—«Buenos días, amigo.»

El hombre detuvo el paso, estendió la mano y acarició al noble cuadrúpedo, dándole algunas palmaditas en el hocico; despues continuó su camino.

Al poco rato pasó igualmente un hombre que llevaba la misma dirección; pero éste, al contrario del otro, era un hombre de genio irascible y maneras brutales, y cuando el caballo le saludó haciendo: ¡Han, han, han! en lugar de acariciarle, le arreó un latigazo que hizo saltar al pobre animalito, obligándole á

huir mas que á paso, sacudiendo la cabeza con aire dolorido.

Mientras los dos lugareños estaban en el mercado, cayó un aguacero tan grande, que se inundó el camino.

El hombre apacible al volver á su casa se halló con que no podía pasar, á menos de no mojarse hasta las rodillas; pero se acercaba la hora de comer, sus hijos no tenían pan, y á riesgo de pillar un reuma, se decidió á mojarse, y eso que hacia un frio espantoso, pero al tiempo de ir á meterse dentro del charco, cátrate que oyó á lo lejos el relincho del caballo.

Entonces, alzando la voz, comenzó á llamarle diciendo:—Chiquito! chiquito! ven acá.

Apenas el caballo percibió que le llamaba el buen hombre, acudió muy listo, y el honrado padre de familia le atrajo á sí acariciándolo. El potro saltó la tapia, y el campesino de un salto montó encima y pasó cómodamente al otro lado, sin mojarse la suela de los zapatos.

Hecho esto, el caballo volvió á pacer en su pradera.

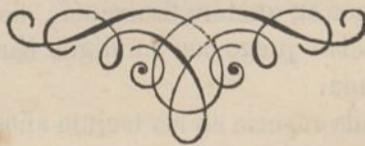
El hombre de mal genio llegó en aquel momento, y vió el servicio que habia prestado el animal á su vecino.—Chiquito! chiquito! gritó con áspera voz. Acá! vamos, acá!

Pero qué si quieres!.... El caballo tenia buena memoria y no habia olvidado el latigazo recibido por la mañana, así es que apenas oyó la voz que le llamaba huyó á toda prisa repitiendo: Han, han, han, han, han!—Han, han, han, han!!

El brutal paisano se quedó echando pestes, y no tuvo mas remedio que pasar el charco mojándose hasta la cintura, y poniéndose de lodo hasta las orejas.

Él se tuvo la culpa! solo cuando el superior es bueno con sus inferiores, sabe convertir al siervo en amigo.

MICAELA DE SILVA.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.